

## HUMANISMO EN ORTEGA \*

La idea del hombre, de su puesto en el Cosmos, de su procedencia y de su final destino ha sido siempre piedra de toque para toda concepción filosófica, aún de las que, con el nombre de cosmológicas, parecen haber atendido más a la estructura del mundo que a la situación del hombre dentro del mismo. En el marco de estas investigaciones sobre el conocimiento del hombre, la de Ortega y Gasset se centra en «la que hace del hombre algo que va siendo constantemente, que se va eligiendo constantemente a sí mismo, por no tener propiamente naturaleza»<sup>1</sup>.

Si siempre fue objeto de la filosofía en general, el hombre, más profundamente lo es de esta tendencia filosófica que en un tiempo fue ansias de resurrección de la Antigüedad Clásica y que modernamente es la manifestación de la necesidad de un nuevo ideal humano. Con Maritain consideraremos el *humanismo* como «esa tendencia que quiere hacer esencialmente al hombre más auténticamente humano y manifestar su grandeza original, haciéndole participar en todo lo que puede enriquecerle en la naturaleza y en la historia, concentrando el mundo en el hombre y proyectando el hombre hacia el mundo, como diría Scheler»<sup>2</sup>.

Partiendo de este concepto de humanismo, sondearemos el pensamiento de Ortega, manteniéndonos, sobre todo, en una obra

---

(\*) El presente trabajo tiene como interés ayudar a los que se acercan a Ortega y Gasset, a fin de llegar a obtener de su pensamiento el auténtico valor de inquietud por el hombre. No se trata de agotar, ni siquiera profundizar —es sólo un esbozo— la amplitud del «humanismo» en nuestro filósofo. Pretende, como otros tantos apuntes, dar pie para un estudio más extenso, y a la par acertado y positivo, sobre este indiscutible aspecto.

1. J. FERRATER MORA, *Diccionario de Filosofía*. Ed. Sudamericana, s. v. hombre.  
2. JACQUES MARITAIN, *Humanisme integral*, Aubier, París, p. 10.

de su época de madurez, como es «El hombre y la gente»; quiéramos pincelar brevemente: a) todo lo que cree nuestro pensador hace al hombre más auténticamente humano; b) su consideración sobre la grandeza original del hombre; c) la participación del hombre en todo lo que, en el mundo, le enriquece y d) ese concentrar el mundo en el hombre y su proyección a ese mismo mundo.

Aunque Ortega habla de todo en sus obras y para conocer una idea suya, insignificante o fundamental, ha de perseguirse, a lo largo de todas sus líneas, palpable es que en la base de toda su estructura filosófica, de su pensamiento, de los riesgos de sus conclusiones hay una preocupación por el hombre, un afán por explicarse su situación en el mundo, un esfuerzo por dar a la vida humana la significación de verdadero contenido; vida humana que, «ofrecida en vacío, tiene el hombre que írsela llenando»<sup>3</sup>.

Hace tiempo nos impresionó la insistencia machacona de esta idea en un film. La conclusión del mismo se presenta con el dramatismo del que, teniendo como ideal y trabajo «llenar sus manos» en la vida, para encontrarlas colmadas de vida al término de ella, constata un vacío desolador y sin esperanza... Humanismo, humanizar es hacer que la vida se colme de contenido; lograr que el hombre sea cada instante más humano. Tanto, que pueda ser capaz de abrirse a los otros, porque antes lo fue de abrirse a quien le podía llenar.

Todo es, creemos, un pequeño y sencillo apunte que, desde sus comienzos, no ha tenido otro norte que penetrar en el pensamiento de quien tantas páginas dedicó al hombre, a la sociedad, al mundo.

#### a) MAS HUMANISMO PARA EL HOMBRE.

Todo lo que tiende, esencialmente, a hacer al hombre más humano, más de acuerdo con su esencia singular e intransferible es, hemos dicho con Maritain, humanismo. Para Ortega esto se entiende, no sólo bajo un aspecto positivo, enriquecedor de nuestra naturaleza, sino, igualmente, como negativismos, pudiéramos decir, ya que todo lo que nos sitúa en lo que no humaniza, o no es seguro, o significa falta de algo, o supone pérdida, o está en contra, o se aleja, al menos, de la afirmación, de lo poseído, de

---

3. JOSE ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, I, R. Occidente, p. 66

lo nuestro, de lo que tiene el hombre. Así y todo —positiva o negativamente— descubre en el hombre estos aspectos que, a nuestro juicio, le hacen más humano.

— *Dominio de las cosas.*

Nos parece esta característica la primordial, la que presupone Ortega en el hombre y sobre la que fundamenta esta vida humana, desarrollada en las cosas y con las cosas. El hombre domina, manda con su voluntad sobre ellas, no de una manera superficial, al modo animal, cuartelero, absolutista, político, ni siquiera religioso. Yo diría que este pensar de Ortega quiere llevar sentido divino. El nos dice que «con esto —con esta voluntad y dominio del hombre sobre las cosas— lleva su *sí mismo* al mundo. Y así el mundo se va convirtiendo poco a poco en él mismo»<sup>4</sup>. Es el pensamiento de Ortega, no la realidad que más adelante él mismo observa, critica e intenta remediar. Y este pensamiento es cierto. ¿Qué más dominio que las cosas sobre las que domino lleguen a tener mi misma alma?... ¿Y no es esto, precisamente, algo divino, ya que Dios, creando, va comunicando su Sí mismo a las cosas que salen de la nada, hasta provocar en El ese sentimiento de «verlo todo bien»?...<sup>5</sup> Y nada nos puede parecer más bueno que aquello que lleva nuestra alma, nuestro sí mismo.

Ortega, al pensar así, no es ni idealista ni progresista. El mismo se defiende de esto. Lo ve cierto, claro. Lo considera humano —lo más humano, repetiremos nosotros— en el hombre. Porque «el sueño constante del hombre es poner alma en el mundo»<sup>6</sup>.

Quizá, sin quererlo, apunte un peligro; el de poner tanto ser en lo material que las metas se trastruequen y provoquen la materialización de lo humano. Que el hombre crea haber puesto tanto «sí mismo» en las cosas, que llegue a deshumanizarse. Pero, pisando, como lo hace, en la realidad, también se percata de ello, como veremos renglones más adelante.

— *El hombre es acción.*

Todo esto supone un trabajo continuo, un estar para las cosas. El hombre es acción. «Cada cual está eligiendo su hacer y por lo

4. J. ORTEGA Y GASSET, *o. c.*, p. 43.

5. Gen. 1, 10-12-18-21-25-31.

6. J. ORTEGA Y GASSET, *o. c.*, p. 42.

tanto su ser constitutivo»<sup>7</sup>. «Nada que sea substantivo en el hombre ha sido regalado al hombre. Todo tiene que hacérselo él»<sup>8</sup>. Quizá aparezca esto un poco atrevido y, sin embargo, es real. Lo substantivo del hombre, como tal —cuerpo y alma—, su ente material, está haciéndose desde que comienza a ser. Y este hacerse es realización suya, propia del hombre, del yo, jamás de otro. Otros —las cosas, los otros, Dios que crea y cuida, en primero y último término— le dan, le prestan su apoyo para hacerse constantemente. «El ser del hombre, pues, no tolera preparación ni ensayo previo: allá donde nacemos tenemos que salir nadando»<sup>9</sup>. Tal es esta continua acción, este estar lanzado al constante hacerse, que, incluso «goza y sufre el hombre por veces; el de elegir la figura de su propia muerte: la muerte del cobarde o la muerte del héroe»<sup>10</sup>. Privilegio del hombre, que es capaz de humanizarse desde el nacer hasta el morir.

Ortega descubre los riesgos de esta acción. El riesgo ad intra —ensimismamiento— del que hablaremos más adelante, y la aventura ad extra, anulación total de ese entrar en sí. El se coloca en un inteligente «in medio virtus», respecto a ambos. La acción debe construir, jamás perder al individuo.

#### — *Deshumanización.*

El peligro del dominio del hombre sobre las cosas, decíamos antes, está en que llegue a deshumanizarse. «El hombre está siempre a punto de deshumanizarse, de no ser hombre, no ser el mismo que uno es». Es el aspecto negativo, pero real, de este humanismo. Pero queda, quizá, un tanto parcial esta situación, si no la unimos con lo que, con el mismo Ortega, afirmábamos al principio. Porque si el hombre da lo que tiene, efectivamente, se deshumaniza, pierde lo que poseía. Pero si da lo que es —su sí mismo— no pierde; al contrario, se enriquece: hace que «el mundo se vaya convirtiendo poco a poco en él mismo». Crear es enriquecer y enriquecerse: es sembrar el sí mismo.

Contra este peligro acechante, Ortega dice al hombre con Píndaro: «Llega a ser lo que eres», no pierdas tu ser, ten como meta ser siempre tu esencia.

7. IDEM, p. 96.

8. ID., p. 37.

9. J. ORTEGA Y GASSET, *o. c.*, p. 66.

10. ID., p. 69.

— *Inseguridad y perdición.*

Es condición del hombre su incertidumbre substancial. «Sólo le es segura la inseguridad». Esta dramática situación —contrapunto murmurante en nuestras entrañas», como dice Ortega— define nuestra humanidad. Se contrarresta, en parte, con ese perderse, que el hombre sufre a lo largo de su vivir. «Es constitutivo del hombre, a diferencia de los demás seres, ser capaz de perderse en la selva del existir, dentro de sí mismo»<sup>11</sup>, logrando, de nuevo, su humanidad «al reobrar enérgicamente para volver a encontrarse».

— *Soledad y compañía.*

«Cada hombre está en su *aquí*, en su mundo. Por ello, estos *aquí*s no son interpretables y la perspectiva de cada cual es distinta»<sup>12</sup>. Este es el punto de partida de la soledad del hombre. Soledad que Ortega considera no aislamiento sino compañía. Aclaremos: la soledad siempre supone una «ausencia de» o un «quedarse sin»; es decir, un considerarse rodeado, acompañado de algo o alguien. Es interesante y plenamente aceptable este razonamiento de Ortega. El hombre queda definido, precisamente, cuando se encuentra solo, cuando ocupa su lugar, su *aquí*; cuando puede considerar y palpar algo que le rodea, siendo este algo quien le asegura de su presencia. Observaremos, más adelante, que este algo, más que las cosas, es el otro, único ente capaz de intercomunicación, interrelación.

Cuando uno está solo, lo está de alguien que le ha dejado. El hombre así, solo, es hombre. Se define. Se determina. «Cristo fue hombre, sobre todo y ante todo, porque Dios le dejó solo —sabacthani—»<sup>13</sup>. A medida que vamos tomando posesión de esta soledad en la vida, nos vamos también haciendo cargo de ella. Los demás han ido dejándonos solos y en esta nuestra soledad vivimos nuestra radical verdad.

Ahora bien, «desde ese fondo de soledad radical que es, sin remedio, nuestra vida, emergemos constantemente en un ansia, no menos radical, de compañía. Quisiéramos hallar aquel cuya

---

11. *Id.*, p. 61.

12. *Id.*, p. 108.

13. *Id.*, p. 75.

vida se fundiese íntegramente, se interpenetrase con la nuestra»<sup>14</sup>. De ahí nacerá la amistad, el amor, la compenetración, «el intento de canjear soledades».

b) GRANDEZA ORIGINAL.

Desarrollar y explotar las riquezas naturales de origen en el hombre es humanizarse. Ortega, al descubrir estas riquezas, está provocando, consciente o inconscientemente, esta expansión y, por ello, haciendo y construyendo humanismo.

Al fijarnos en la grandeza original del hombre —inmensa por sus múltiples facetas— descubrimos que las que señalamos, entresacadas de los pensamientos de Ortega y Gasset, consideran al hombre entero, sin diferencias: el ente material humano, desde su pensar y querer hasta su ser y hacer.

— *El pensar en el hombre: ensimismamiento.*

Meditar es atributo esencial del hombre, como no lo es de ningún otro ser. Es verdad que, como el animal, vive, en ocasiones, sometido a las cosas, supeditado a ellas, asido íntimamente a lo que le rodea. Pero, a diferencia de aquél, «el hombre puede, de cuando en cuando, suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él y, sometiendo su facultad de atender a una torsión radical —incomprensible zoológicamente— volverse, por decirlo así, de espaldas al mundo, y meterse dentro de sí, atender a su propia intimidad o, lo que es igual, ocuparse de sí mismo y no de lo otro, de las cosas»<sup>15</sup>. El hombre puede ensimismarse, salir fuera de sí; siendo este salir fuera, como dice Ortega, un auténtico entrar dentro de sí mismo, en el mundo de las ideas.

Insistiendo más aún en ese aspecto existencial de su filosofía, queriendo dar «quehacer» a este pensar, añade Ortega que el hombre «no es sólo cosa pensante, no tiene seguridad de pensar, simplemente y, por ello, no tiene —así— seguridad de que es hombre, animal racional». Para él el hombre debe llevar su pensamiento a la acción. Ensimismarse, para volver de nuevo a las cosas y «reobrar». El hombre es pensamiento y acción.

14. Id.

15. Id. p. 34.

— *El hacer.*

Todo tiene que hacérselo el hombre. Hasta su pensamiento se lo ha ido haciendo. Nueva diferencia con el animal, pues, como decíamos antes, éste queda supeditado al mundo, alienado a los otros, que no son él. No puede prescindir de ellos. El hombre, sí. El hombre goza del poder del hacer, «El hombre escapa de la escala zoológica más por lo que hace que por lo que es o tiene».

— *Ser hombre.*

Parecerá redundancia con la esencia de nuestra natura humana decir que lo más grande del hombre es ser hombre. Y es que el hombre no sólo tiene que hacer, sino «hacerse a sí mismo, y lo que es más grave, determinar lo que va a ser»<sup>16</sup>; porque «el hombre es la única realidad que no consiste simplemente en ser, sino que tiene que elegir su propio ser»<sup>17</sup>. Por ello mismo «es imposible el hombre sin imaginación, sin la capacidad de inventarse una figura de vida, de *idear* el personaje que va a ser. El hombre es novelista de sí mismo, original o plagiarlo»<sup>18</sup>.

Por ese estar sumergido en el mundo, sometido, a veces, a él, esta esencia humana lleva consigo un peligro. El de estar siempre a punto de dejar su propia naturaleza, de no ser hombre, «ser viviente problema, absoluta y azarosa aventura, ser, por esencia, drama».

Es tan esencial este ser hombre que el encuentro con el otro, en esta soledad natural, que decíamos anteriormente, determina, genéricamente, mi categoría de hombre. «Ser el otro no representa un accidente o aventura que pueda o no acontecer al hombre, sino que es atributo originario. Yo, en mi soledad, no podría llamarme con un nombre genérico, tal como hombre».

— *Libertad y circunstancia.*

Es esta una de las facetas más reiteradas por Ortega. El hombre es libre, libre por la fuerza, quiera o no. Es verdad que el mundo, en momentos, parece como esclavizarle, someterle; el poder que tiene el hombre de abstraerse de él, confirma su liber-

16. J. ORTEGA Y GASSET, *Historia como sistema*, R. Occidente, p. 38.

17. *Id.*, *El Hombre y la gente*, I, p. 68.

18. *Id.*, *La Historia como sistema*, p. 39.

tad. El hombre va y viene, se aparta y se acerca, quiere y deja. Lo acentúa aun más Ortega cuando usa aquella expresión: «está condenado, quiera o no, a ser libre»<sup>19</sup>, siendo la vida multilateral y permanente encrucijada.

Sin embargo, notamos una como lucha entre el creer de Ortega y las realidades con las que están tropezando sus razonamientos. A pesar de esa lucha, la libertad permanece, está en el hombre. Porque tanto el cuerpo, nuestra materia, como la circunstancia, son para Ortega cárceles o dependencias que atentan a esa libertad que él mismo proclama. Es verdad que «yo no soy más que un ingrediente de esa realidad radical, mi vida, cuyo otro ingrediente es la circunstancia»<sup>20</sup>; y es cierto, igualmente, que «el hombre es alguien que está en un cuerpo y que, sólo en ese sentido, es su cuerpo. El hombre se halla, de por vida, recluso en su cuerpo»<sup>21</sup>. Pero es mucho más cierto que nuestra libertad domina en mi vida —determinada, sí, en la circunstancia, como está determinado todo lo que es creado y no creador, todo lo que es limitado y no infinitud— y domina en mi cuerpo, al que traigo y llevo, alegre y mortífico, levanto y humillo, siempre —clarísima y certísimamente— sometido a la enmarcación de los límites de criatura. Lo contrario sería arrogarme una esencia que no es mía, sino del Supremo y Libérrimo Hacedor.

Tal es así, que al ser libre, yo mando en mí, con mis limitaciones, repetimos; y aun «siendo el hombre una entidad infinitamente plástica, de la que se puede hacer lo que se quiera»<sup>22</sup>, «el hombre se hace a sí mismo en vista de la circunstancia, que es un Dios de ocasión»<sup>23</sup>; es decir, soy yo mismo, mi mismidad, quien encerrado en mi propio cuerpo y supeditado a la circunstancia, me hago y construyo con plena libertad. Ortega mismo hace la salvedad de que este mi hacer, esta creación, a diferencia de la de Dios, no es absoluta, sino limitada por la ocasión.

#### c) PARTICIPACION DEL HOMBRE EN TODO LO QUE LE ENRIQUECE.

Para que podamos participar en algo necesitamos su encuentro. Para que el hombre se enriquezca con lo que su circunstancia le ofrece, le interesa descubrirlo. Esto lo hará progresivamente:

19. Id., p. 68.

20. J. ORTEGA Y GASSET, *La historia como sistema*, p. 39.

21. Id., *El hombre y la gente*, I, p. 107.

22. Id., *La historia como sistema*, p. 40.

23. Id., *El hombre y la gente*, p. 42.

primero, lo más cercano, lo más íntimo y personal, ese yo en el que logra «meterse» y al que conoce y hace hacer, construyendo su existir constantemente. Luego descubrirá la presencia del otro. Los otros, más tarde, le llevarán al hallazgo de la gente, de la sociedad. Todos serán factores de riqueza. Todos contribuirán a su humanismo, pues «todo, en el hombre, tiene sentido para o contra sí».

— *Encuentro con el otro.*

Tras el descubrimiento iniciará el hombre su relación con el otro. Esta relación les enriquecerá mutuamente: contrastes, oposiciones, acuerdos, conocimiento, diálogo... Y esto, más que natural, más que por movimiento de inercia, será exigencia y realidad constante. El hombre es el único ser capaz de comunicarse.

Así pues, «la relación con el otro tiene dos dimensiones: poco a poco voy conociendo más, actúo sobre el otro y el otro sobre mí...». El diálogo mutuo se presenta, en esto, con la mejor de sus riquezas: «lo mío lo doy al otro y el otro me da lo suyo... Hay coincidencias, hay controversias...». Y no perdemos nada ya que, como dijimos, vaciarse de sí hacia los demás es enriquecimiento; con tal que esta apertura lleve la propia alma, mi yo. No lo que tengo, sino lo que soy. De esta manera mi mismidad o su altruismo se convertirá, como bien dice Ortega —con singular vocablo, tan particular en su abundante léxico— en «nostridad».

— *Descubrimiento de la sociedad.*

No estamos plenamente de acuerdo con Ortega cuando afirma que «la sociedad es una formidable máquina de hacer hombres»<sup>24</sup>. Si su pensamiento está referido a esta sociedad «automática», maquinista, llena de usos y costumbres, esa quasi-naturaleza irracional y brutal, no la podemos aceptar —no la aceptamos— capaz de «hacer hombres». A lo más, le permitiremos la satisfacción o victoria de sacar, crear, obtener «nuevas máquinas». Hombres, no.

Cierto que a los usos y costumbres —a esa sociedad-máquina— les adscribe Ortega una proyección muy positiva. Pero no

---

24. J. ORTEGA Y GASSET, *El hombre y la gente*, p. 22.

logramos admitir su poder creador de esta naturaleza singular, el hombre. Supone —nuestra natura humana— mucho más que que «las pautas de comportamiento que nos permiten prever la conducta de los individuos... el repertorio de acciones que obligan al individuo a vivir a la altura de los tiempos... la automatización de una gran parte de la conducta de la persona...»<sup>25</sup>. ¿No se podrá decir, más bien, que es el hombre la formidable máquina-origen de esta sociedad, si, como hemos afirmado más arriba, es él quien inicia el descubrimiento, el conocimiento del otro, la mutua intercomunicación, el diálogo, el enriquecimiento?... ¿No se provocará tras esto la satisfacción de ese ansia de salir de sí, de darse a los demás, de amistad, de amor?... ¿Podrá darse sociedad sin todo esto?... ¿Puede hablarse de auténtica sociedad sin este principio de amor, cuyo trasunto-prólogo es la comunicación, el respeto, la comunidad —y por lo tanto aceptación— de usos y costumbres?...

Es muy posible, no obstante, que Ortega nos quiere hablar más bien de esa sociedad que nosotros llamaríamos masa, ese mundo social, más que humanidad, a quien él mismo califica de «desalmado», en donde «el hombre vive a cuenta de ella, como autómatas de sus usos». Usos que, sin embargo, «nos permiten prever la conducta de los individuos que no conocemos» y que, por ello, nos enriquecen. «Gracias a la sociedad —igualmente— el hombre es progreso e historia»<sup>26</sup>.

— *Acción y contemplación.*

Dentro de esta interrelación, haciendo sociedad, el hombre se ha encontrado con una realidad, que desde él mismo ha ido creándose: la técnica. «Ella le ha dado el poder de ensimismarse y de volver de nuevo al mundo con un sí mismo distinto»<sup>27</sup>. Dos movimientos, pues, en este encuentro: la acción, el crear y el ensimismamiento, la contemplación. Acción y contemplación unidas, nunca la una sin la otra. Pensar, hacer lo pensado, volver al interior de nuevo, como revisando, rehaciendo, para «recrear», salir a la acción; porque «el destino del hombre es primariamente la acción» y «no vivimos para pensar, sino para lograr pervivir». Acción hasta para crear el pensamiento. Es un hacer; interno,

25. *Id.*, pp. 22 y 23.

26. *Id.*, p. 23.

27. J. ORTEGA Y GASSET, *o. c.*, p. 35.

pero hacer al fin y al cabo, ya que «el pensamiento es un don del hombre, sino adquisición laboriosa, precaria y volátil».

Creemos, sin embargo, un poco atrevida la última afirmación, aunque entrevemos el sentir de nuestro pensador. Quizá así, a secas, parezca negar una creación, con su plena esencia humana; la de la criatura entera, con todas sus potencias. Nos parece más bien que su sentir está en el pensamiento como hecho, no como facultad. Esta le es dada a nuestra naturaleza, va con su ser. Es el entendimiento. La actuación de éste, su realización, es fruto de esa adquisición laboriosa de que habla Ortega. «Al hombre le es dada la forzosidad de tener que hacer siempre algo, so pena de sucumbir».

#### d) EL HOMBRE Y EL MUNDO.

La definición de humanismo, de Maritain, que hemos colocado como punto de partida para desarrollar nuestro trabajo, circunstancia su contenido con ese participio *activo* —concentrando— de Scheler, que supone la proyección del hombre hacia el mundo. El humanismo del que hablamos quedaría mutilado si no tuviera esta consecuencia. El hombre es hombre para el mundo. Sus riquezas exigen una explotación. Ellas —para humanizar al hombre— fueron extraídas del mundo, y han de volver a él, tras haberse humanizado en la «máquina» que las transforma, orienta, ordena, hace fructificar, enriquecer. Esta *actividad* es el quehacer del hombre, en el que Ortega tanto insiste y con el que ansía satisfacer los intentos de su pensamiento.

#### — *Su estar en el mundo.*

«El hombre no es prisionero del mundo, como el animal. Se desentiende de él, si quiere». Y es que «a diferencia del animal, puede suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su alrededor...<sup>28</sup>. Decíamos antes que en el hombre existe la capacidad de meditar. Ensimismarse es más que meditar y pensar. Y esto es natural en el hombre. Por ser dueño de sí, libre, se aísla y vive su vida interior. No depende de nadie. No es como el animal o el hombre inculto que, por encontrarse «alterados»,

---

28. Id., p. 34.

dependientes del otro, al anular esta dependencia, se sumen en modorra y letargo fatal.

«Sin embargo, lo que le es natural al hombre es echarse fuera, dispersarse. El ensimismamiento es lo más natural»<sup>29</sup>. Su corporeidad, su materialidad tiende a su natural estado.

Pero, de igual forma, que no es normal esa situación en su vida, existe el riesgo de vivir fuera de este mundo, «de desentenderse de lo que está en su alrededor, e ir al absoluto fuera de sí; ese mundo interior que no está en el mundo»<sup>30</sup>. Es el pecado contra la sociedad y lo más deshumanizante: vivir desviando el «para los otros», hacia sí mismo.

En este ir y venir, salir y entrar de nuestra naturaleza, distingue Ortega tres momentos del hombre: «la alteración, o naufragio en las cosas; la teoría, o ensimismamiento, que es la vida contemplativa; y la praxis, por la que vuelve al mundo, actuando con un plan nuevo»<sup>31</sup>. Es y debe ser nuestro constante hacer; lo que afirmábamos anteriormente: acción y contemplación íntimamente unidas, complementándose en el vivir.

— *El hombre humaniza al mundo.*

Es su actitud, al darse a las cosas, al proyectar su sí mismo. Humanizará al mundo, sin que mundanice su humanidad, si logra actuar en una sociedad en la que no es ajeno el hombre. «El hombre es altruista, dijimos con Ortega, abierto al otro, a nativitate», y por «la relación entre el hombre y el otro, emergerá el mundo. Este no es úniro objetivo: emerge a través de mi sociabilidad».

No hemos de acudir muy lejos para demostrar la verdad de Ortega. La impronta que el hombre marca es la que el mundo lleva como «matasellos». Su humanización —buena o mala, positiva o negativa, de guerra o paz— es la que graba y grava al mundo. Los odios, las envidias, los egoísmos, la soberbia, el afán de dominio y de poder, tan sobresalientes en nuestro mundo de hoy, son la herencia y rastro de los que en él vivimos. Es un hecho que el mundo se hace como el hombre quiere, porque, quizá, el hombre se ha dejado antes «hacer por el mundo» —por su esencia— materializándose.

29. *Id.*, p. 35.

30. J. ORTEGA Y GASSET, *o. c.*, p. 35.

31. *Id.*, p. 37.

— *El hombre y el pasado.*

El mensaje de Ortega —quisiéramos cerrar nuestro trabajo con esta conclusión— es prometedor y de horizontes abiertos y juveniles. De ahí su aceptación y simpatía en el mundo del mañana. Sin embargo, es aleccionadora —sin ser retrógrado, ni excesivamente progresista —la unión que hace entre el pasado y el presente, para hacer el futuro. En distintos rincones de su inmortal obra se confiesa admirador de muchos valores pretéritos, lo que mezcla con su inquietud por purificar lo que vive, y hacer una historia mejor. «Para superar el pasado es preciso no perder contacto con él. El hombre no es nada positivo, si no es continuidad». Malo o bueno, el pasado es base y fundamento del porvenir. Habrá que asegurar esos cimientos, pero jamás eliminar una tierra, un mundo, una historia, una vida sobre los que hay que «reobrar» algo, siempre mejor.

Ricardo LLULL, f. s. c.

## UN MISAL POSTCONCILIAR

A pocos años todavía de la puesta en marcha de la renovación litúrgica, nadie se atrevería a afirmar que sean pequeños los bienes que ella ha traído consigo para el pueblo de Dios. Pudieron abrigarse ilusiones precipitadas en el sentido de una frecuencia masiva y creciente, por obra y gracia de la mejor inteligencia de las palabras y los ritos. Mas no están los tiempos como para soñar, ni es la práctica religiosa algo que sobrevenga de fuera adentro, ni el movimiento litúrgico obedece precisamente a un deseo de reconquista numérica más que a la urgencia profunda de una renovación cualitativa.

Que ésta se haya producido es palpable en cualquier celebración eucarística. Los fieles, sea cual fuere su grado de formación, se sienten más cerca de la mesa de la palabra y del altar del sacramento. Los fieles oyen venir hacia ellos la palabra de Dios en su propio lenguaje y responden comunitariamente a un diálogo en que se halla interesada su fe.

Las cosas, sin embargo, no están ocurriendo de una manera tan sencilla. Y es justo tenerlo en cuenta para sacar conclusiones pastorales. Ciertos sectores experimentan incomodidad por la mayor cercanía del misterio. Otros se aperciben con sorpresa de que las lecturas bíblicas, pese al esfuerzo de una traducción oficial, quedan a veces lejos de sus módulos mentales o de su capacidad de asimilación. Y, para la gran mayoría, ha resultado excesivo el peso de las variaciones incesantes y de las arbitrariedades observadas al margen de directrices comunes.

Todo ello tenía que producir necesariamente un clima de saturación o de curiosidad expectante, por no decir de apatía, que sólo cabe superar de la mano de cierta estabilización provisional. Provisional, porque la reforma litúrgica no ha hecho sino dar comienzo. Pero estabilización relativa que permita montar sobre ella la participación reclamada por el Concilio Vaticano II cuando dice: «La santa Madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa que exige la naturaleza de la liturgia misma, y a la cual el pueblo cristiano tiene derecho y obligación en virtud del bautismo; porque esta plena y activa participación de todo el pueblo, es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano» (CDSL, n. 14).

Una etapa en esa estabilización —etapa de longitud imprevisible— puede señalarla el hecho de que las traducciones oficiales hayan sido fijadas. El sacerdote tiene ya a mano todos los textos litúrgicos. Es, pues, el momento de ofrecer a los fieles *su* misal.

Un misal *pensado para ellos*, y no copia rutinaria de los libros de altar. Un misal que cubra *todas* las necesidades pastorales de los fieles. Un misal que no se conforme con reproducir pobremente lo que el pueblo necesita en el marco de la celebración eucarística. Un misal que polarice la vida entera del cristiano en torno al altar. Porque liturgia son todas las horas del quehacer diario del creyente.

Es liturgia la elevación del alma a Dios consagrándole las primicias del trabajo cotidiano y los sudores de la jornada que termina. Es liturgia el primer encuentro con la gracia de un hijo recién nacido (bautismo) y el encuentro final con el amor del Padre, de unos pies fatigados de peregrinar hacia la casa paterna, unción de los enfermos. Es liturgia la vida sacramental y también el desahogo de un alma que deja saltar hacia arriba una canción de *gratitud*.

Todo eso debe ser un misal para los fieles del postconcilio.

Todo eso ha querido ser *La Misa Participada* o nuevo misal festivo preparado por Juan José FERRERO BLANCO, que coeditan el Instituto San Pío X y Ediciones Sígueme de Salamanca.

En sus cuatrocientas cincuenta y seis apretadas páginas y en su pequeño formato, que lo hace tan manejable, esconde ese misal una riqueza desusada. Como dominical y festivo va destinado a la gran masa de fieles que hace de la pascua del Señor, celebrada cada semana, el centro de su vida espiritual. Es una limitación y una ventaja; porque de esa manera, en su pequeño volumen todo ha podido ser pensado en servicio de dicha finalidad; desde las ilustraciones —modernas, sencillas, vigorosas— hasta la última sugerencia pastoral.

Quien abra este misal festivo en cualquiera de sus páginas, se verá agradablemente sorprendido por su aliento nuevo, por su esmero didáctico, por su presentación impecable. Y, desde luego, por su riqueza de contenido. Pues, además de misal, es *ritual de los sacramentos*, inmediatamente dispuesto para sostener el diálogo con el sacerdote en esos trances importantes de la vida cristiana; *devocionario moderno* (laudes, vísperas, etc.), con abundancia de fórmulas para la oración privada, familiar y parroquial de los fieles, en la mejor línea del Concilio Vaticano II; y *cantoral religioso popular* útil para toda suerte de circunstancias (misas, novenas, celebraciones de la palabra...) por cuanto fue confeccionado a partir del conocido «Cantemos al Señor», entresacando sus aportaciones más valiosas.

Creemos, pues, justo llamar aquí la atención de nuestros lectores sobre una publicación que la merece y a la cual no escatimamos elogios. La recomendamos vivamente a los colegios, escuelas, grupos selectos de todo tipo. Y, en general, a todos los fieles que intentan hacer del Vaticano II su norma de conducta litúrgica y que quieren vivir intensamente su cristianismo en la liturgia de cada domingo y en aquella otra liturgia del quehacer cotidiano hecho testimonio de su fe.

P. MAYMI